

Leyenda de Buda

Versión de Juan Arnau



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Primera edición: 2011
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: «Cabeza de Buda» © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Arnau, 2011
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5279-5
Depósito legal: M. 17.641-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 12 Mapa del Ganges en la época de Buda
- 15 El sueño de la reina
- 17 Dulce espera
- 19 Luz en la arboleda
- 22 Las dudas del rey
- 24 La visita de Asita
- 28 Celebraciones y despedidas
- 30 Sueños y conspiraciones
- 33 Prosperidad en el reino
- 35 Yasodhara
- 38 Torneo en Kapilavastu
- 41 Nupcias
- 43 Las tres amenazas
- 48 La cuarta señal
- 51 Cautivo
- 53 La huida
- 55 Despedida de Channa y Kanthaka
- 58 En la arboleda
- 61 El palacio vacío
- 64 Emisarios en el bosque
- 69 La visita de Bimbisāra
- 74 Años ascéticos
- 78 La lavandera y el cabrero

- 80 Recuperación
83 El asiento de la sabiduría
85 Bajo el árbol del despertar
87 El sueño de la muerte
90 La gran batalla
93 El arma de la seducción
96 El regocijo
98 El tiempo recobrado
104 El último hombre
105 Dīpaṃkara en la memoria
108 La tempestad
110 Exhortación
114 Benarés
116 Primera enseñanza
121 La generosidad del elefante
128 La historia de Dharmapāla
132 Las preguntas de Sabhika
138 Śāriputra y Maudgalyāyana
142 Regreso a Kapilavastu
145 Reencuentro
148 El episodio del bandido
152 «¡Qué felicidad!»
154 La ilusión de Bhadra
157 El prodigio de las lenguas
160 El despertar súbito
164 Mahākāśyapa
165 La sonrisa de luz
167 El enano Bhaddiya
168 La selva de las discusiones
171 Ānanda
174 Historia del tiempo

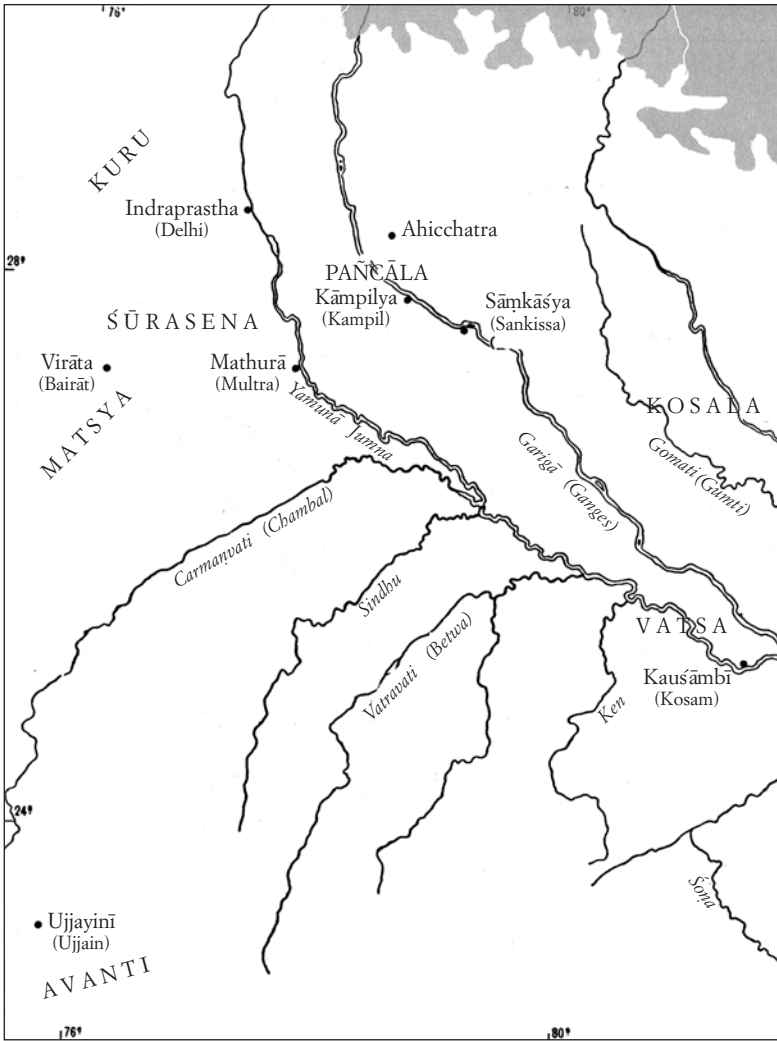
Índice

- 177 Despedida
- 179 La Tierra tiembla
- 180 El último
- 183 La gran salida
- 187 Epílogo

- 189 Fuentes de la leyenda de Buda

- 207 Glosario

*A Álvaro y Su,
ingenio y fábula*



Mapa del Ganges en



la época de Buda

El sueño de la reina

En una época lejana, cuando los cortesanos se untaban el cuerpo con aceite de mostaza y los audaces desafiaban la ilusión del mundo en bosques y glaciares, Śuddhodana, príncipe de los śākya, accedió al trono en Kapilavastu. Heredaba una comarca abundante en agua, ganado, madera y plantas medicinales, que se extendía desde las estribaciones del Himālaya hasta los llanos del Ganges.

La vida transcurría apaciblemente en Kapilavastu, los campesinos labraban campos verdecidos por la lluvia, el consejo debatía asuntos de estado, las lavanderas cantaban camino del río, hasta que una noche, coincidiendo con el primer plenilunio del año, la reina tuvo un extraño sueño.

Māyādevī soñó que era llevada a un lago en lo alto de una montaña, donde los guardianes celestiales la obsequiaban con un baño perfumado de flores silvestres, aromas de incienso, joyas y deliciosos manjares. Después

del festín, la reina cayó dormida. En su sueño dentro del sueño, vio un elefante blanco, con la cabeza rosada y seis magníficos colmillos. El animal se le insinuó, ganando su gracia y afecto, y se acercó a ella portando una flor de loto. Māyādevī no sintió ningún miedo. El elefante pasó delicadamente su trompa sobre su cuerpo y, como por arte de magia, se introdujo en su costado.

Al día siguiente la reina amaneció con un cosquilleo en la barriga. Nunca se había sentido tan feliz, ni experimentado semejante bienestar, tanto de cuerpo como de mente. Comenzó a tararear mientras bajaba las escaleras y, después de desayunar, pidió a los magos que interpretaran su sueño. Todos los consejeros coincidieron en que estaba embarazada de un niño maravilloso que llegaría a ser un gran rey. Pero uno de ellos, de cejas abundosas y andar desacompasado, exclamó como si despertara de un sueño:

–No será un rey, será uno de los más grandes sabios que ha visto la faz de la Tierra.

Como era ya viejo, todos rieron a carcajadas.

Dulce espera

Māyādevī era la menor de las siete hijas del noble Subhūti y estaba en la flor de su juventud. Dulce y vigilante, conocía el momento propicio para cada cosa. Su inteligencia era certera como la flecha del arquero, su belleza intensa como el verso del bardo. Diestra en las artes del amor, la ternura y la compasión, desconocía el odio, la arrogancia y los celos.

Algunos afortunados acontecimientos acompañaron el embarazo de la reina. Durante diez meses vivió el bebé en la urna acristalada de su vientre, sentado con las piernas cruzadas y los miembros completamente formados. Su cuerpecito era como el fuego de un volcán, que iluminaba el cuerpo de su madre y lo hacía visible desde la distancia. Māyādevī lo podía ver si inclinaba la cabeza y miraba hacia su costado derecho. A veces lo hallaba concentrado en meditación, o hablando con seres a los que ella no podía ver; otras le sonreía

y respondía a sus saludos, lo que la reconfortaba y llenaba de dicha.

No experimentó molestia alguna la reina durante el embarazo, ni la pesantez ni los caprichos que lo acompañan, sino que se sentía ligera y llena de vida. Era como si los mismos dioses hubieran entrado en su vientre para rendirle homenaje.

Y ocurrió que cuando la reina extendía su mano sobre la cabeza de los enfermos, éstos experimentaban una rápida curación. Aquellos poseídos por un espíritu, ya fuera nāga, yakṣa o gandharva, recuperaban el juicio. Los ciegos volvían a ver, los sordos a escuchar. Leprosos, tuberculosos y epilépticos quedaban milagrosamente libres de sus enfermedades.

Por todo el reino se extendió su fama de sanadora y enfermos de todas las partes del país y de los reinos vecinos de Magadha y Kośala acudieron a Kapilavastu. Desde las puertas de palacio, una hilera de treinta leguas recorría la ciudad hasta perderse en el campo. Los funcionarios instalaron tiendas, comedores públicos y conductos de agua para los viajeros. Mercaderes y artesanos aprovecharon la ocasión para acrecentar su fortuna. Chamanes del Himālaya, alquimistas de Kosambī, sabios de Cachemira, yerberos de Sāketa y sanadores de Rājagṛha acudieron para ver con sus propios ojos las curaciones.

Y durante esos meses, la pequeña ciudad de Kapilavastu se convirtió en el centro del mundo conocido.

Luz en la arboleda

Los astrólogos habían anunciado la auspiciosa fecha del nacimiento del hijo del rey para el día quince del mes de Vaiśākha, cuando el sol entra en la constelación que lleva su nombre. Dos días antes, la reina pidió a su doncella que le ayudara a preparar el equipaje. Viajaría a Kośala, donde vivían sus padres, para dar a luz, como era costumbre en la tierra de Jambu.

La ocasión propicia llegó. La luna estaba crecida y en conjunción con la constelación de Puṣya. En el camino, el cortejo de la reina se detuvo en un bosque llamado Lumbinī. La yerba alfombraba el suelo regado y limpio. No había árboles muertos ni arbustos espinosos. Una suave brisa había barrido todo rastro de polvo y malezas. Los tábanos, las polillas y los escorpiones habían dejado el lugar. Del Himālaya llegaron algunos cisnes y una bandada de flamencos.

Māyādevī sintió los primeros avisos y buscó la sombra de un árbol sāla. Las doncellas colgaron un velo para

ocultarla. La reina se agarró con fuerza a una de las ramas, respiró profundamente. Cerró los ojos y vio al elefante blanco. Escuchó el zumbido de las abejas y, a lo lejos, el ulular de una lechuza. A través de la tela las doncellas contemplaron cómo Māyādevī, erguida sobre sus pies, se disponía a dar a luz.

Y por un instante el mundo quedó en suspenso. Los ríos dejaron de fluir, el viento de soplar, las llamas de arder. Los espejos perdieron los reflejos y los objetos las sombras. No se oyó en los bosques a los monos ni a los elefantes, ni a las vacas y los búfalos en las aldeas. Ni un relincho, ni un balido se escuchó en toda la tierra de Jambu.

Todo se mantuvo en suspenso hasta que el recién nacido, saliendo del vientre materno, puso sus pies sobre la tierra. Fue entonces cuando el curso de los acontecimientos recuperó su ritmo natural. El fuego de los volcanes, erguido en palmeras encendidas, volvió a derramarse sobre las colinas. Las nubes reiniciaron su marcha, los ríos su descenso, los planetas su curso.

El recién llegado dio siete zancadas y una flor de loto azul brotó de cada una de sus huellas. Deteniéndose, miró a su alrededor y exclamó con el rugido de un león:

—Nazco para despertar por el bien del mundo. Éste es mi último renacimiento, no volveré a nacer.

En la tierra de Jambu se dice que los hombres, los animales, los dioses y los espíritus, cuando mueren, vuelven a nacer. Y una tortuga puede convertirse en un insecto, una diosa en un rinoceronte o un pájaro en una doncella. Por eso se piensa que hay que respetar todas las formas de vida.

La intensa luminosidad de su piel eclipsó la luz del sol, las lámparas quedaron sin lumbre, el oro sin brillo, y todos los rincones del universo recibieron su resplandor. Del cielo se derramaron dos lenguas de agua que acariciaron su cabeza y dieron refresco a su cuerpo. Los espíritus del bosque custodiaron su paso y los moradores del cielo suspendieron en el aire una sombrilla para protegerlo del sol. Los árboles inclinaron sus copas en señal de respeto. Las serpientes lo rodearon con ojos brillantes de emoción y prepararon un lecho de flores.

La tierra tembló como un barco sacudido por la tempestad. Del cielo cayó una ligera lluvia perfumada de sándalo. Los árboles dieron sus frutos fuera de estación. El fuego adormecido de los hogares resplandeció en graciosas llamas. De la tierra brotaron fuentes de agua clara, formando pequeños estanques a los que fueron a beber tigres y gacelas sin causarse daño alguno. A la arboleda acudió una manada de leones que dio silenciosamente tres vueltas al lugar. Tras ellos iba una familia de elefantes que hacían girar sus trompas y balanceaban sus cabezas en señal de respeto.

Esa noche los poderosos dejaron de lado sus diferencias y el mundo se llenó de paz. Ningún ser se sintió oprimido por la desgracia o intimidado por el miedo. La tierra de Jambu quedó libre de codicia y resentimiento, y el ámbito inconmensurable de los seres vivos se llenó de confianza y comprensión. Ochocientos niños nacieron ese mismo día en Kapilavastu, entre ellos el que habría de ser su fiel auriga, Channa.

Las dudas del rey

Sabiendo del portentoso nacimiento del príncipe, Śuddhodana se sintió turbado y de su afecto brotaron dos arroyos de lágrimas, uno de deleite y otro de comprensión. Māyādevī, reconociendo el poder de su hijo, revivió viejos temores y alegrías.

Todos en palacio celebraron el nacimiento. Se le dio el nombre de Siddhārtha, que significa «el que obtiene lo que se propone». Los sacerdotes oficiaron sus ritos y los adivinos saludaron al futuro rey, augurando incontables riquezas y conquistas. Sólo el anciano de abundosas cejas parecía disentir y presagió que cuatro señales marcarían su destino: Siddhārtha no sería rey, sino mendigo. Toda la corte volvió a reír a carcajadas, pero Śuddhodana quedó en silencio y pensativo, martilleando con los dedos el trono de sándalo.

Para alejar de sí las dudas, el rey ordenó que joyeros, gemólogos y bordadores prepararan los ornamentos del

heredero. Diademas, brazaletes de pies y manos, tocas de seda labrada en oro, pendientes de jade, collares de perlas y anillos de diamantes fueron confeccionados durante semanas para agasajar al príncipe.

Los cortesanos llevaron los adornos al jardín de Vimalavyūha, donde estaba la reina con el bebé. Cuando las joyas fueron puestas sobre el recién nacido, los presentes quedaron asombrados. Los diamantes se apagaron, el oro perdió su brillo, la plata su frescura, las gemas su color. Todo el esplendor de las joyas palidecía sobre la piel del niño.

Turbado, el rey ordenó que le quitaran las joyas y se las regalaran a Channa, y se retiró confundido a sus aposentos. No pudiendo dormir, el monarca solicitó que le leyeran el *Śūpāsāstra*, el gran libro del arte de la cocina. Oyó hablar de pueblos que beben el agua en urnas doradas y comen aquello que repudian los brahmanes: carne de vaca, ajo y cebolla. Escuchó cómo preparan en el sur las verduras sazonadas con curry, el arroz frito y la cuajada. Aprendió cómo preparar la mantequilla líquida de vaca, llamada ghṛta, que antiguamente se quemaba en el altar védico, y cómo darle un aroma de nuez. Supo de pueblos que hacen cerveza del arroz, vino de la manzana y licores del mango, la corteza de árbol o la pimienta. Y con todos aquellos aromas y sabores en su mente, quedó profundamente dormido.

La visita de Asita

En una cueva desde la que se dominaba toda la tierra de Jambu, en la ladera norte del Himāvat, vivía el sabio Asita. Gracias a sus cinco poderes había contemplado los extraordinarios acontecimientos que acompañaron el nacimiento de Siddhārtha. A su mente vino este pensamiento: «Debo ver lo ocurrido en detalle». Y con su ojo penetrante examinó la tierra entera, y se detuvo en el palacio de Nānāratnavyuha en la ciudad de Kapilavastu. Allí pudo ver al joven príncipe, agraciado con las treinta y dos señales de los grandes hombres. Y dirigiéndose a su sobrino Naradatta le dijo:

–Vayamos a Kapilavastu, ha nacido un ser con la naturaleza del diamante, debemos rendirle homenaje.

Y, preparando un hatillo, se encaminaron hacia la ciudad deseosos de conocer al recién nacido.

Arribaron tras cuatro jornadas y fueron recibidos por el consejero del rey, que los acompañó hasta la pequeña cabaña de madera que habría de servirles de morada en palacio.

Śuddhodana se acercó al lugar para presentar sus respetos al sabio que, sentado sobre un cuenco, aliviaba sus pies en agua.

—Oye la razón de mi visita y alégrate —le dijo Asita—. En el camino del sol escuché una voz divina que me decía: «De Śuddhodana ha nacido un hijo para el despertar que elevará el estandarte de los śākya hasta cimas jamás alcanzadas».

Se dirigieron entonces a donde estaba el bebé, que descansaba en las faldas de su nodriza, cubierto con un paño de piel de antílope. Asita lo alzó en brazos y besó sus pies, en cuyas plantas se veía la marca de una rueda. Lo observó cuidadosamente, comprobando todas y cada una de las señales de su cuerpo, y sus ojos se cuajaron de lágrimas.

—¿Por qué te muestras lloroso, tú que eres tan firme? —preguntó el rey—. ¿Acaso este joven retoño ha nacido para mi desgracia? ¿Acaso está destinado a marchitarse sin florecer?

Asita comprendió que el rey presentía el infortunio y respondió:

—¡Oh, rey! No dejes que tu mente se turbe. Mi agitación no es desfavorable a tu causa. Me hago viejo y no está lejos mi hora. No llegaré a contemplar esta joya en todo su esplendor. No escucharé al que ha de hallar y exponer el origen de la desdicha humana.

»Del mismo modo que la flor uḍumbara rara vez aparece en el mundo, larguísimos periodos de tiempo han de transcurrir para que surja un bodhisattva. Observa los treinta y dos signos auspiciosos, propios de los grandes hombres. El cráneo coronado con una protuberancia. El pelo ensortijado y negro, que gira hacia la derecha, ondulado como la superficie de una concha. La espiral del